
Una epidemia de tifo en Cuautitlán

Concepción Lugo Olín

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Durante los años que cerraron políticamente el período colonial, los movimientos armados que culminarían en la independencia de México se habían vuelto cotidianos en diferentes puntos del territorio, favoreciendo la aparición de varias patologías y agudizando otras, pues en este tiempo se unieron a la guerra el hambre, agudizada por la escasez y carestía de alimentos, la “peste” propiciada tanto por las condiciones de insalubridad y miseria como por el deambular y el convivir constante de hombres sanos y enfermos, y la muerte, resultado natural de las otras comparsas. De tal manera que la historia de ese período se puede caracterizar —al igual que la del siglo XVI—, por la presencia de los “Cuatro jinetes del Apocalipsis” en el territorio.

Ahora bien, situemos parte de esa historia en el año de 1813, pongamos como escenario la jurisdicción parroquial de Cuautitlán, lugar donde se desarrolla la acción; ubiquemos dentro de él a sus habitantes, actores del drama, y pongamos algunos detalles de su vida cotidiana, ya que finalmente estos elementos, junto con otros propiciados por la situación reinante en todo el virreinato, van a explicarnos el porqué de los estragos de la epidemia en esta localidad.

Hacia estas fechas, la jurisdicción parroquial de Cuautitlán ocupaba una planicie dentro del Valle de México, de terreno fértil y clima templado, que era tránsito obligado del camino real que iba “tierra adentro”, situada a una distancia aproximada de 6 leguas al

noreste de la ciudad de México. La rodeaban dos sistemas montañosos: al este, la Sierra Nevada y al oeste, la serranía de las Cruces de donde descendían varios ríos como el de los Remedios, el de Tlalnepantla y el río Grande o de Cuautitlán.¹ (Mapa 1)

Esa porción territorial pertenecía en lo eclesiástico al Arzobispado de México, y su cabecera se situaba en el antiguo convento de San Buenaventura, fundado por los frailes menores durante las últimas décadas del siglo XVI, siendo secularizado hacia la segunda mitad del siglo XVIII.²

Desde el punto de vista político, formaba parte de la Intendencia de México en calidad de subdelegación, integrada por 20 pueblos, 16 haciendas, 15 ranchos y diversas rancherías, lugares en donde vivían principalmente indígenas, pocos españoles y mestizos, dedicados mayoritariamente a labores, agrícolas, a la alfarería y en menor número, al comercio y la ganadería.³

La agricultura se practicaba mediante dos sistemas de cultivo: el de riego y el de temporal, en ambos casos se levantaba una cosecha al año de maíz, frijol, trigo, lenteja, arvejón, cebada, alfalfa, amén del maguey, del que se sacaban buenas utilidades gracias a la venta del pulque. Estos productos, junto con las piezas de alfarería, eran distribuidos a través del comercio en diferentes pueblos de la localidad y en la ciudad de México.

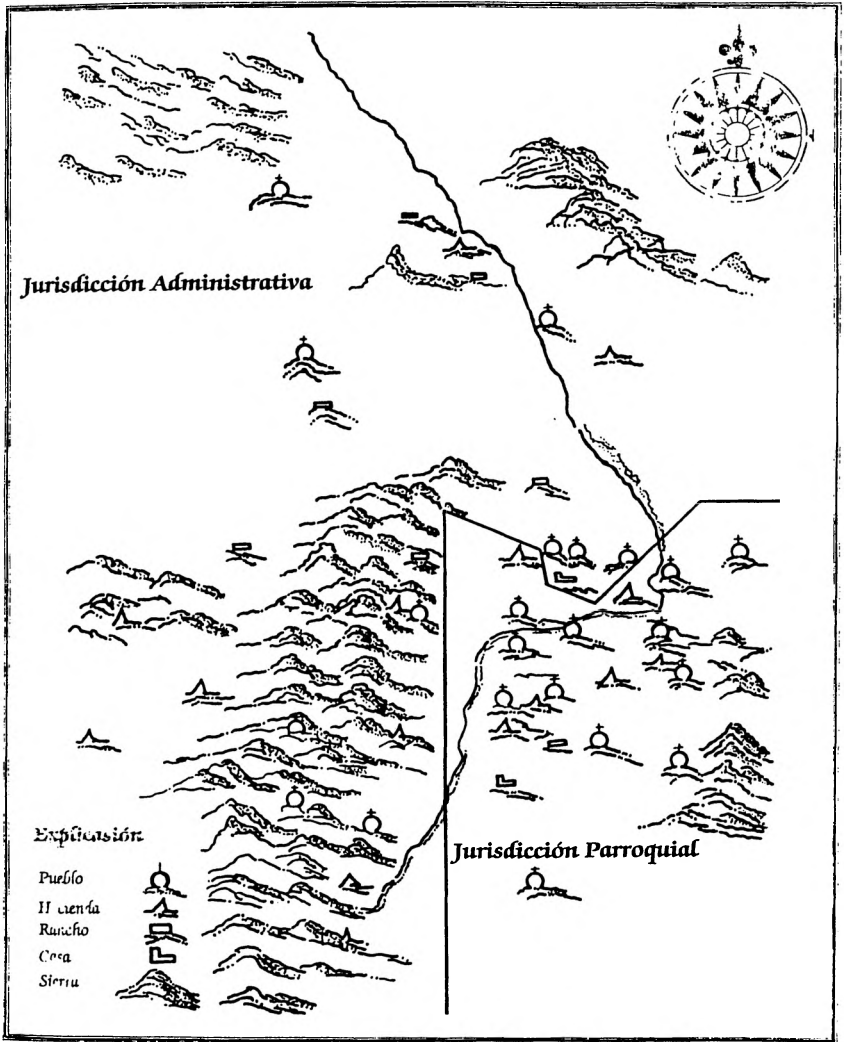
Por su ubicación, Cuautitlán contaba también con una serie de herrerías y mesones destinados a dar servicio y albergue a viajeros y a comerciantes que iban rumbo al norte.⁴

Durante el período que nos ocupa y aún desde años atrás, los moradores del lugar habían padecido periódicamente diversas patologías que casi siempre eran causantes de su muerte, contándose entre éstas: enfermedades gastrointestinales que recrudecían a lo largo de la primavera y del verano; afecciones de las vías respiratorias que se hacían más frecuentes en el otoño y en el invierno.

Otros factores de despoblación que se unían a estas enfermedades eran los elevados índices de mortalidad infantil, la desnutrición, la falta de higiene y el alcoholismo, entre otros.

Sin embargo, las mayores crisis se registraron cuando se alternaban o conjuntaban la pérdida de cosechas, motivada por alguna plaga en las siembras o por agentes climáticos adversos, con el hambre y las

MAPA 1
Jurisdicción administrativa y parroquial de Cuautitlán



epidemias, formando ciclos de duración diversa pero que inevitablemente ocasionaban serios estragos entre los habitantes de la jurisdicción por sus ancestrales y múltiples carencias. A partir de las primeras décadas del siglo XIX, a estos factores de despoblación se vino a sumar la guerra, causante de la destrucción de caminos y poblados, de la movilización de individuos y, como consecuencia de ésta, el abandono de las actividades económicas, la escasez y carestía de alimentos, la propagación de enfermedades.

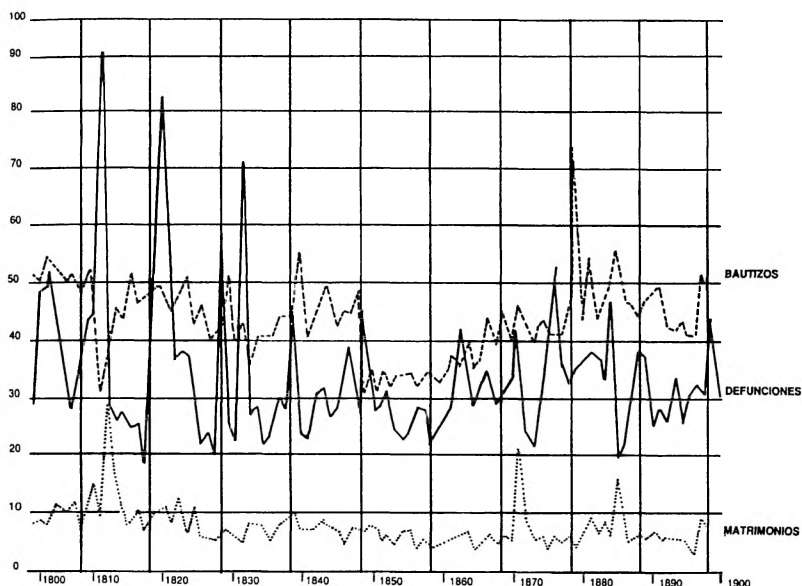
Para completar esta escena y contando con la ayuda de la situación imperante, hizo su entrada, en 1813, “la peste” que ocuparía junto con la guerra, el hambre y la muerte los papeles estelares del drama.

La historia registra que dicha epidemia tuvo su origen en el sitio de Cuautla durante la segunda campaña de Morelos debido, en buena medida, a las condiciones de insalubridad que prevalecían entre realistas e insurgentes, pero ante todo, por la miseria, el hacinamiento y falta de limpieza en que vivían los sitiados. Nos cuenta también que, al romperse el sitio, en mayo de 1812, los hombres portadores de la enfermedad se dispersaron hacia varios puntos del virreinato, espaciéndola por doquier.⁵

El Ayuntamiento de la ciudad de México tuvo noticias de su propagación desde los primeros días del mes del año siguiente. Más tarde, el 12 de abril, el entonces virrey Félix María Calleja, informaba a la población oficialmente de su existencia y a Cuautitlán llegó un día 10 de abril según lo atestigua una nota asentada en el archivo parroquial de la jurisdicción, donde permaneciera de abril a noviembre para cobrar en ese tiempo el mayor número de vidas, no sólo de los primeros años del siglo sino de la centuria entera⁶ (Gráfica: Tendencias demográficas).

Varios elementos se relacionaron para que esta epidemia ocasionara tan elevada mortalidad en Cuautitlán y tal vez en otros sitios del virreinato. A las precarias condiciones de muchos de sus habitantes, se unieron el desconocimiento de las causas que la originaban, la carencia de fondos motivada por los gastos militares de guerra y la guerra misma.

En el campo de la medicina, desde que se tuvo noticia en la ciudad de México de que el mal se extendía, los médicos encargados de investigar sus características iniciaron una lucha, tanto o más

Tendencias demográficas de la población
de Cuautitlán en el siglo XIX

desigual que la que se libraba en el territorio, en contra de agentes patógenos desconocidos. A través de sus informes y de las cartillas, fruto de la medicina ilustrada, sabemos que los galenos, de acuerdo con los conocimientos propios de la época, distinguieron una variedad de fiebres. Unos identificaron el mal con las “fiebres intermitentes”, tercianas o cuartanas (paludismo) que se habían propagado por el ir y venir de los arrieros procedentes de Veracruz, donde efectivamente el mal era endémico.⁷ Otros más la llamaron “fiebre pestilencial” causada por las emanaciones miasmáticas de lugares insalubres y pestilentes.⁸ Otro grupo las designó como “fiebres populares” pues observaron que entre las clases menesterosas, hambrientas y hacinadas de la población era donde causaba los peores estragos.⁹ Sólo unos cuantos opinaron que se trataba de tabardillo o tifo, nombre con el que actualmente se le conoce.¹⁰

A pesar de que diversas opiniones acerca de su propagación estaban muy cerca de la realidad, de hecho ninguno de los galenos conocía a ciencia cierta las causas que la originaban, de ahí que para emprender su curación se dieron tantos remedios como nombres tenía la enfermedad. Toda una variedad de estos remedios se “difundió” entre una población mayoritariamente analfabeta, por medio de las cartillas en las que se aconsejaba tomar diferentes clases de infusiones y brebajes, al mismo tiempo que se daban algunas medidas sobre el aseo de casas y calles y otras disposiciones referentes a guardar las cuarentenas, impedir la comunicación, evitar las reuniones y, ante todo, velorios.¹¹ Otras más se referían al manejo de cadáveres; encontramos entre estas últimas una audaz propuesta salida del Protomedicato que consistió en sugerir la cremación de los cuerpos para evitar el contagio. Tal sugerencia, además de darnos una idea de la magnitud del mal, nos habla de una medida fuera del contexto ideológico de la época si consideramos que, para ese entonces, la Iglesia católica no permitía la cremación puesto que, al final de los tiempos, todos resucitaríamos en cuerpo y alma.¹²

Estas fueron, a grandes rasgos, algunas de las armas con las que contaron los médicos de entonces para afrontar la epidemia, sin imaginar siquiera que se trataba de una antropozoonosis que había acompañado a los españoles en su travesía del Viejo Continente, donde desembarcaron hombres, piojos, pulgas y ratas, para transmitirla y mantenerla endémica en diversos puntos del virreinato, y que en su forma epidémica se propagó por la movilización de individuos piojosos, portadores de la enfermedad, víctimas de la miseria, del hambre, del desaseo y de la aglomeración.¹³

A pesar de todas las teorías que se dieron en ese tiempo acerca de las causas del mal y de la existencia de cartillas y remedios con los que se contaba para intentar su terapéutica o evitar el contagio, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el fruto de esos conocimientos se aplicó preferentemente en las ciudades; en tanto que en el campo, habitat cotidiano de los indios, permaneció al margen —como en otras tantas ocasiones— debido al difícil acceso ocasionado por la destrucción de caminos, la ignorancia de esos grupos, la falta de médicos y de interés por parte de las autoridades, como adelante veremos.

Desde el punto de vista económico, podemos decir que para estas fechas las arcas coloniales se encontraban exhaustas, pues una parte de sus fondos se destinaron a cubrir los gastos que las reformas borbónicas demandaban al interior del virreinato y, al mismo tiempo, enormes sumas salían rumbo a España, con el fin de ayudar a la Corona a cubrir los gastos de la guerra que estaba librando en contra de ingleses y franceses, así como para financiar su déficit fiscal propiciado, en gran parte, por esos gastos militares.¹⁴

Tal situación trajo como consecuencia en la Colonia la interrupción de inversiones en diferentes ramos de su economía y el abandono de varios servicios, entre los que se contaba el de atención hospitalaria, además de significar la salida de los fondos necesarios para sostener su propia guerra y cubrir los gastos de la epidemia.¹⁵

A esta serie de privaciones, comunes a todo el virreinato, se aliaron otras más, que contribuyeron a agudizar el hambre, la peste y la muerte, en especial entre los indígenas por ser un grupo carente de todo, y los de Cuautitlán no fueron la excepción.

Desde tiempo atrás, el hambre se contaba entre uno de tantos males endémicos que se padecían, no sólo en Cuautitlán sino también en otros sitios del virreinato, agravándose en esa época, tanto por la escasez y carestía de alimentos como por el empobrecimiento aún mayor de todos los habitantes, debido a la creación de una serie de impuestos, gravámenes y otras contribuciones extraordinarias de guerra, entre las que se contaban las “contribuciones voluntarias” cuyo monto era cubierto en buena medida por indígenas, so pretexto de que el fruto de esta recaudación se destinaba al sostén de los batallones, formados también por indígenas para la defensa de sus pueblos.¹⁶

En Cuautitlán, desde los primeros años de la guerra de Independencia, se organizó uno de estos batallones conocidos como “compañías o batallones de patriotas”, con el que los habitantes del lugar, además de tener que pagar su mantenimiento y defender su propio territorio, se vieron obligados a intervenir en otras tareas que la guerra demandaba a causa de la cercanía de la jurisdicción con la ciudad de México. Por un lado, participaron en la defensa de la ciudad, puesto que, para esas fechas, Cuautitlán se había convertido en un punto estratégico que formaba parte del retén natural y

cordón militar que la protegía, impidiendo la entrada de los insurgentes.¹⁷ Por el otro, en virtud de la situación reinante y con el objeto de no interrumpir la comunicación entre esa ciudad y otros puntos del territorio, las autoridades virreinales “invitaron” a los integrantes del batallón a formar parte de una escolta que vigilara el buen funcionamiento del despacho de un correo mensual que salía de la capital de la Nueva España, con correspondencia dirigida al interior del Reino, en tanto que las condiciones de los caminos fueran más seguras y permitieran el restablecimiento del antiguo giro de correos semanarios.¹⁸

El desempeño de estas tareas, al mismo tiempo que propiciaba el abandono de la defensa de su pueblo, favorecía la movilización de individuos con la consiguiente propagación de la “peste”.

Para afrontar sus estragos se improvisó en Lechería, hacienda cercana a San Martín, uno de los pueblos pertenecientes a la jurisdicción parroquial de Cuautitlán, una especie de botica atendida por el cirujano Joaquín Salas, a donde acudían todos sus habitantes en busca de ayuda y a comprar medicamentos, pero: “[...] hallando la dificultad de no tener los indios con qué costearlos... no pueden operar para conseguir su sanidad [...]”¹⁹

Mientras los habitantes esperaban inútilmente el auxilio, el mal se extendía ayudado tanto por la movilización de los batallones como por el ir y venir de los indios en la busca inútil de ayuda.

Con el fin de evitar que la enfermedad se propagara, el subdelegado del lugar y el cirujano Salas, cada uno por su parte, enviaron a las autoridades numerosas peticiones de auxilio en las que se ilustra la dramática situación que prevalecía:

[...] No obstante el fatal estado en que se hallaba la jurisdicción por la persecución de los enemigos rebeldes, se ha agregado el lamentable contagio de la peste. Se está experimentando mucha mortandad de indios y españoles porque día a día va contaminando todos los pueblos de la jurisdicción... precisa asistencia [...] para que en lo posible se evite este mal común [...]²⁰

La respuesta a estas peticiones no se hizo esperar y pronto se supo que los indígenas del lugar se encontraban en total desamparo,

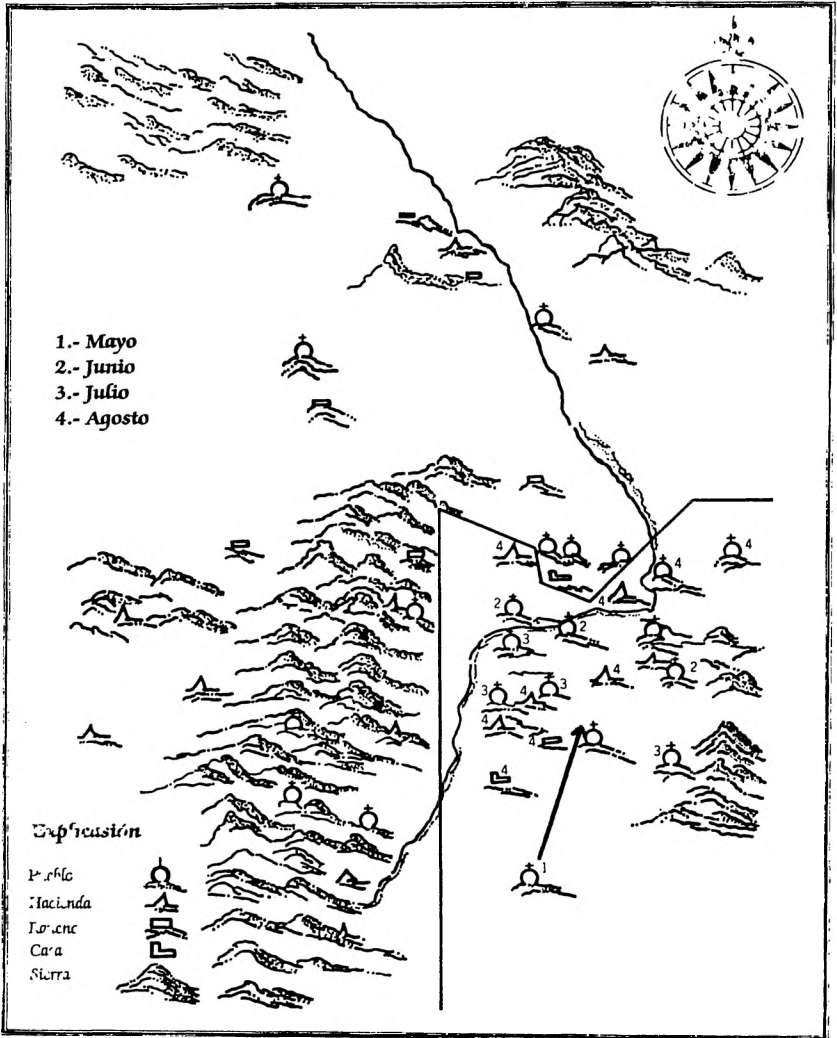
pues la única ayuda económica con la que podrían contar para cubrir los gastos de la epidemia se encontraba en los fondos de la caja de comunidad de los pueblos de la jurisdicción, de los cuales se había extraído, en 1804 una tercera parte para la consolidación de vales reales y lo que quedaba, que ascendía a la cantidad de diez pesos, se tenía que destinar, por orden de las autoridades, al auxilio de los enfermos de Huehuetoca, uno de los pueblos de la jurisdicción política de Cuautitlán, tal vez porque años atrás tuvo cierta importancia, pues ahí se encontraba la en ese tiempo ya desaparecida habitación del Guarda Mayor de El Real Desagüe.²¹ A esta orden se agregaba otra más, en la que se obligaba a tener un control estricto de los gastos para que, una vez pasada la epidemia, se recuperaran los fondos y se reintegraran a la caja.²²

Con esta falta total de apoyo sólo quedaba a los indígenas contemplar cómo la “peste” y la muerte se iban apoderando de sus pueblos. Por una nota asentada en el libro de defunciones del archivo parroquial, sabemos que la peste entró en la jurisdicción un día 10 de abril. No obstante, esta fecha no parece corresponder con la realidad puesto que, en el transcurso de ese mes, la mortalidad no registró ninguna variación con respecto a la de los meses anteriores, por lo que es posible que coincidiera, solamente, con el día en que el párroco tuvo noticia de la epidemia.

De hecho su incursión por Cuautitlán se llevó a cabo en diferentes tiempos a lo largo de seis meses de la siguiente manera: para los primeros días de mayo, se introducía a la jurisdicción a través de San Martín, sitio que como recordaremos se localizaba cerca de la hacienda de Lechería, donde acudían los indios en busca de auxilio. En el transcurso de ese mes, según lo atestiguan las actas de los libros de difuntos, la mortalidad en ese pueblo se había multiplicado antes que en ningún otro sitio de la jurisdicción, por lo que podemos decir que fue la puerta de entrada de la epidemia (Mapa 2).

De San Martín, varios enfermos la llevaron a San José, uno de los cuatro barrios de la cabecera, de donde se extendió, durante los meses de junio y julio, por los demás pueblos y barrios aledaños a la parroquia. En los meses de agosto y septiembre se había generalizado en toda la jurisdicción para cobrar el mayor número de víctimas en el transcurso de esos meses, apoderándose no sólo de los pueblos

MAPA 2
 Trayectoria de la epidemia de tifo en la jurisdicción
 parroquial de Cuautitlán



más distantes de la parroquia, sino que también había traspasado los muros de los ranchos y haciendas para introducirse en ellos.²³ Siguiendo esta trayectoria, podemos decir que el mal permaneció en estos sitios entre uno y siete meses, durante los cuales los caminos, la velocidad y el tiempo en que tardó en recorrerlos dependieron de las condiciones de insalubridad y miseria, así como de otros factores más entre los que se cuentan: la cercanía o lejanía de los pueblos entre sí y su ubicación respecto a los puntos iniciales de infección.

Para explicarnos la mortalidad, tenemos que tomar en cuenta, además de estos elementos, la densidad de población de cada uno de los pueblos, barrios, ranchos y haciendas visitados por la “peste”, puesto que el mayor número de víctimas se registrara en aquellos sitios con una población más numerosa, independientemente de su ubicación.

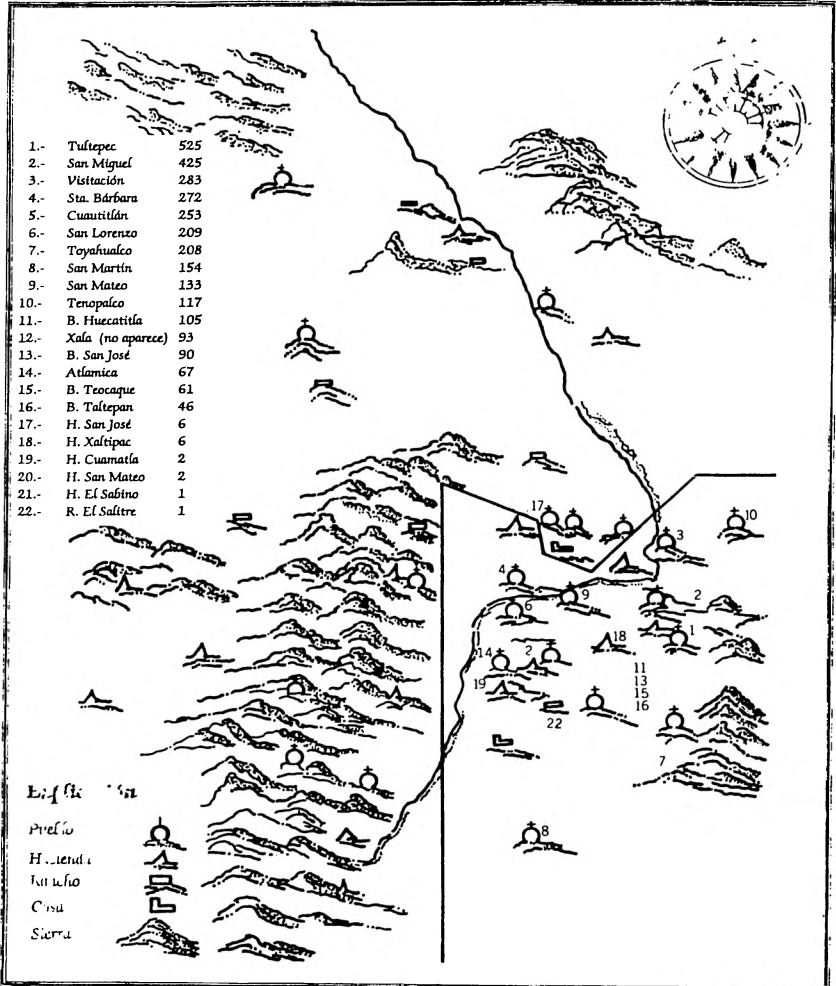
A partir de estas afirmaciones podemos decir que los lugares que tuvieron una mortalidad más elevada fueron los pueblos de Tultepec, San Miguel, Santa Bárbara, La Visitación, San Lorenzo y la cabecera, sitio en donde es necesario considerar, además de la población indígena, a un grupo de residentes españoles (Mapa 3).

En segundo término, y siguiendo la misma pauta, la “peste” y la muerte seleccionaron el pueblo de Tenopalco, los barrios de Huecatitla y San José y el pueblo de San Martín, de donde por cierto la epidemia se había alejado para el mes de septiembre, precisamente en los momentos en que causaba los peores estragos en los otros puntos de la jurisdicción parroquial (Cuadro 1).

Mejor suerte corrieron, como siempre, las haciendas en las que, por gozar de mejores condiciones de vida, la permanencia de la peste y los estragos de la muerte fueron poco importantes. Mientras tanto, en los demás pueblos y barrios, la muerte hacía de las suyas llevándose preferentemente a las mujeres y, de manera especial, a las indias (Cuadro 2).

Para explicarnos este fenómeno, recordemos que, para esas fechas, muchas de ellas se encontraban sin su pareja, abandonadas a su suerte, teniendo que desempeñar múltiples labores y largas jornadas de trabajo dentro y fuera de sus hogares; al mismo tiempo que trataban de conseguir alimentos para sostener a su desnutrida prole, atendían, si el mal y la guerra lo permitían, algunas labores en el

MAPA 3
Mortalidad registrada de mayo a diciembre en los pueblos,
barrios, haciendas y ranchos de la jurisdicción
parroquial de Cuautitlán



CUADRO 1
Mortalidad de indios y españoles en 1813.
Jurisdicción parroquial de Cuautitlán

<i>Localidad</i>	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sep	Oct	Nov	Dic	Total
San Martín		2		5	14	59	70	11			3		164
San José	5	4	3	1	6	3	5	30	37	9			103
Sta. Bárbara	6	3	5	1		7	47	121	87	13	1		291
Huecatitla	5	1	1	1	1	6	8	39	36	9	4		111
San Miguel	2	3	3	1	5	9	9	131	234	52	23	4	476
Toyahualco	2	1		1	1	4	7	58	79	37	22		212
Atlamica	1		2	1	2		8	22	27		8		71
Tultepec	5	7	6	5	4	4	21	213	233	26	19	4	547
Xala		1		1	1		13	64	13		2		95
San Lorenzo		2	2	2		4	15	103	57	17	13		215
San Mateo	6	1	4	2	1	1	2	45	67	10	7		146
Taltepan	2	1		3	2	2	4	16	19	2	1		52
Cuautitlán	5	2	3	5	4	1	1	61	132	37	17		268
Tenopalco	1			1	1	1	1	15	87	8	4		119
Visitación			1	1		3	4	64	164	28	17	4	286
Tecoaque		2	2			2	2	7	32	16	2		65
Salitre						1							1
Cuamatla								1	1	1			3
El Sabino	2							1		1			4
San José									3	1	2		6
Xaltipac								2	2	2			6
San Mateo								2					2
Transeúntes	1			2	2	1	3						9
TOTAL	43	30	32	33	44	108	220	1006	1310	269	145	12	3252

CUADRO 2
Mortalidad por sexos, mayo-diciembre, 1813.
Población indígena, jurisdicción parroquial de Cuautitlán

Localidad	Mayo		Junio		Julio		Ago		Sept		Oct		Nov		Dic		Total/ sexo		Total/ local.	
	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F		
San Martín	8	6	30	29	29	41	3	8						3				73	84	157
San José	1	5	1	2	2	3	12	18	17	20	2	7						35	55	90
Sta. Bárbara			1	6	20	27	56	65	36	47	4	9		1				117	155	272
Huecatitla	1		2	4	3	5	18	21	17	19	3	6	1	3				45	58	103
San Miguel	3	2	7	2	5	4	66	65	127	105	21	31	9	14	2	2		240	225	465
Toyahualco		1	2	2	5	2	33	25	40	39	19	18	8	14				107	101	208
Atlamica	1	1			4	4	12	10	17	10			4	4				38	29	67
Tultepec	2	2	1	3	8	13	101	112	114	119	12	14	7	12	1	3		246	278	524
Xala	1				5	8	29	35	9	4				2				44	49	93
San Lorenzo			2	2	8	7	51	52	29	27	10	7	7	5				107	100	207
San Mateo	1			1	1	1	25	20	31	35	3	6	3	4				64	67	131
Taltepan	1	1	2		2	2	6	10	9	9	1	1		1				21	24	45
Cuautitlán				1			21	19	50	43	6	9	4	1				81	73	154
Tenopalco		1		1		1	8	7	36	50	4	4	1	3				49	67	116
Visitación			1	2	3	1	34	30	72	92	14	14	6	11	2	2		132	152	284
Tecoaque		1	1	1	1	1	2	4	15	17	10	6	1	1				30	30	60
Salitre			1															1		1
Cuamatla								1		1									2	2
El Sabino											1							1		1
San José																				
Xaltipac																				
San Mateo																				
Transeúntes			1	1	1		2	1										4	2	6
Total / sexo	19	19	52	57	97	120	479	503	619	637	110	132	54	76	5	7	1435	1550		
TOTAL	38		109		217		982		1256		242		130		12		2985			

campo, cuidaban a sus enfermos y desarrollaban otras actividades más, las que unidas a sus precarias condiciones biológicas y socioeconómicas y a la convivencia con los enfermos, las exponían a contraer y a sucumbir a causa del mal.

En cambio, la mortalidad registrada entre los grupos de españoles, tanto hombres como mujeres, fue mínima en comparación con la de los indígenas, no porque aquéllos enfermaran menos, sino porque proporcionalmente constituían una minoría dentro del total de habitantes de Cuautitlán (Cuadro 3).

Durante los meses que el hambre, la guerra, la “peste” y la muerte continuaban su recorrido, los libros parroquiales nos cuentan cómo a causa de la presencia simultánea de esos funestos visitantes, los bautizos fueron disminuyendo hasta suspenderse durante el mes de julio por la ausencia o muerte de hombres y mujeres en edad reproductiva y al fallecimiento de mujeres en diferentes grados de preñez, y que sólo el fruto mínimo de algunas concepciones ocurridas en los meses de enero y febrero logró salvarse y llegar al registro parroquial, en tanto que otros más que lograron sobrevivir esperaron hasta el fin de la crisis para registrarse.

En ese lapso los matrimonios perdieron su ritmo estacional, para interrumpirse precisamente en agosto y septiembre, cuando en otros tiempos esos meses coincidían con la unión de numerosas parejas que se preparaban para ayudarse en las labores del campo; en esta ocasión, lejos de cumplirse con esta costumbre, algunas de ellas se vieron en la necesidad de aplazar sus matrimonios por la enfermedad de uno o ambos pretendientes, mientras que otros nunca llegaron a unirse a causa de la muerte de uno o ambos aspirantes; los pocos que sobrevivieron sólo esperaron que la “peste” abandonara la jurisdicción para casarse o buscar nueva pareja.

Cuando el año de 1813 estaba próximo a finalizar, el hambre, la “peste”, la guerra y la muerte continuaron su curso; la primera desde tiempo atrás había sido, como hemos visto, un mal permanente y conocido entre los moradores de Cuautitlán, quienes la padecían con mayor rigor cuando las crisis agrícolas y las epidemias hacían acto de presencia, pero a partir de los primeros movimientos armados de la lucha por la independencia se había agudizado también a causa de la guerra, la que se convertiría, desde ese entonces, y por mucho tiempo

CUADRO 3
Mortalidad por sexos, mayo-diciembre, 1813.
Población española, jurisdicción parroquial de Cuautitlán

<i>Localidad</i>	Mayo		Junio		Julio		Ago		Sept		Oct		Nov		Dic		Total/ sexo		Total/ local.		
	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F			
San Martín																					
San José																					
Sta. Bárbara									2	2								2	2	4	
Huecatitla							2											2		2	
San Miguel									1	1								1	1	2	
Toyahualco																					
Atlamica																					
Tultepec																					
Xala																					
San Lorenzo										1		1							2	2	
San Mateo										1									1	1	
Taltepan										1									1	1	
Cuautitlán		4					6	15	22	17	9	13	7	5				44	54	98	
Tenopalco											1								1	1	
Visitación																					
Tecoaque								1											1	1	
Salitre																					
Cuamatla									3		1		2						6	6	
El Sabino							1												1	1	
San José									3		1		2						6	6	
Xaltipac							1	1	1	1	2								4	2	6
San Mateo							1	1											1	1	2
Transeúntes																					
<i>Total / sexo</i>		4					9	18	32	24	12	15	9	6				62	63		
TOTAL		4						27		56		27		15							

más, en otro de tantos males endémicos no sólo de la jurisdicción sino en el territorio entero.

En cuanto a la “peste”, para el mes de noviembre se retiraba sólo temporalmente de Cuautitlán, pues muy pronto se volvería a unir con las crisis agrícolas, con el hambre y con la guerra para incursionar nuevamente por sus pueblos, barrios, ranchos y haciendas y ayudar a la muerte a engrosar su nutrido contingente. Ésta, en cambio, siempre voraz e insaciable, no conforme con haberse llevado un total de 3114 víctimas en el corto lapso de siete meses, permaneció y permanece presente, dispuesta a cobrar día con día más víctimas.

De esta forma, los últimos años de la Colonia, y con éstos, la guerra de Independencia, sólo marcaron el inicio de un largo período que se prolongaría a través de varias décadas del siglo XIX, caracterizadas por la inestabilidad social, política y económica, con la consiguiente presencia del hambre, la guerra, la “peste” y la muerte.

Notas

1. AGN. Ramo Padrones, Año 1792, Vol. 4, F 239-40. Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio, *Theatro Americano...* México, Imprenta de la Vda. de Joseph Hogal, 2 vols, vol. 1, p. 96.
2. Archivo Parroquial de Cuautitlán. (En adelante APC) Libros de bautizos, matrimonios y defunciones. Años 1794-1813 *ibid.*
3. AGN. Ramo Padrones, Año 1792, Vol. 4, F. 239-40.
4. APC. Libros de Defunciones, Años 1800-1813. Lugo Olín, Ma. Concepción, *Tendencias demográficas de Cuautitlán, siglo XIX. Fuentes de técnicas para su estudio.* México, INAH, 1990. 111 p. mapas, cuadros, gráficas (Colección Científica 218), p. 11.
5. Hernández Torres, Alicia. “El sitio de Cuautla y la epidemia de 1813-14” En: Florescano, Enrique y Elsa Malvido (comps.) *Ensayos sobre la historia de las epidemias.* México, IMSS, 1980. 2 vols. (Colección Salud y Seguridad Social. Serie Historia.) vol. 2, pp. 551-555
6. Archivo Histórico del Ayuntamiento de la Ciudad de México. (En adelante AHACM) Actas de Cabildo. Vol. 136 A. Año 1813. Riva Palacio, Vicente *et. al. México a través de los siglos.* México, Ballescá y

- Compañía Editores, 4 vols. v. 3, p. 239
APC. Libros de defunciones, años 1800-1900.
7. AHACM, Actas de Cabildo del Ayuntamiento de la Ciudad de México, Año 1813, Vol. 136 A.
 8. *Ibid.*
 9. AGN. Ramo Epidemias, Vol 9, Exp. 11, F. 215.
 10. *Ibid.* Exp. 16, F. 318. AHACM, Actas de Cabildo, Año 1813, vol. 136 A. Montaña, Luis. *Avisos importantes sobre el matlazáhuatl o calentura epidémica manchada...* México, Imprenta de Don Mariano Zúñiga Ontiveros, 1817. 53 pp.
 11. Junta de Sanidad de Puebla. *Cartilla o sea método sencillo de curar a los pobres de la epidemia que en el presente año aflige a los habitantes de esta ciudad.* Puebla de los Ángeles, Imprenta Dr. Pedro de la Rosa, 1813. 12 pp.
Montaña, Luis. *Op. cit.*
 12. AHACM. Actas de Cabildo de la Ciudad de México, Año 1813, Vol. 136 A.
 13. Bustamante, Miguel E. "La situación epidemiológica de México en el siglo XIX." En: Florescano, Enrique y Elsa Malvido, op. cit. v. 2 pp. 425-471.
 14. Klein, Herbert.
 15. *Ibid.*
 16. *Diario de México*, martes 29 de julio de 1813, t. II, núm. 27, p. 1. Entre los productos que se gravaron se mencionan los siguientes: cebada, arroz blanco, queso añejo, azúcar, piloncillo blanco, panocha, aguardiente, cacao, sal, café, sebo, cobre, plomo, cera, mulas, potros y caballos. AGN. Operaciones de guerra, año 1812, t. 663, F. 30. *Gazeta de México*, 19 de marzo de 1813, Vol. IV, núm. 375, p. 299.
 17. AGN. Operaciones de Guerra, Año 1812, t. 663, F. 30. Ortiz Escamilla, Juan.
 18. *Gazeta de México*, 28 de agosto de 1813, t. IV, núm. 447, p. 896.
 19. AGN. Ramo Epidemias, Año 1813, Vol. 8, Exp. 3, F. 18-23.
 20. *Ibid.*
 21. *Ibid.* y AGN. Ramo Padrones, Año 1792, Vol. 4, F. 239-240.
 22. AGN. Ramo Epidemias, Año 1813, Vol. 8, Exp. 3, F. 18-23.
 23. APC. Libros Defunciones, Indios y Españoles, Año 1813.